



*Carcomido portón claveteado cierra el muro exterior.*

En la plana de las hazas escriben las yuntas el poema eterno de las barbecheras.

Allá en la distancia, sobre el cobre de la gleba de la besana. un sembrador arroja la dorada bendición del trigo, en espera del agua, que obre el milagro germinador.

Una mano invisible y despiadada va pelando implacable la fronda de las vides.

Por entre el verde plata de los olivos asoman a centenares las perlas negras de las aceitunas.

Un difumino enorme esfuma en los confines del paisaje las siluetas de las montañas, igual que en un dibujo desvanecido.

En el sitio denominado el Alamillo, la trenza de plata del río Jalón se desfleca bajo un puente.

Clavadas al horizonte aparecen las casas de Cózar.

Sobre el pardo de la tierra, el pardo de los tapiales.

Y por sobre éstos, la parda montera de los tejados y las negras pipas de las chimeneas.

En el centro del pueblo, la plaza, con su parda iglesia y su torre trunca, igualmente parda.

Cózar, como tantos otros lugares españoles, está esperando de Dios lo que los hombres le niegan.

Adormecido al sol, sobre una loma, le dejamos atrás.

Un poco más allá, Torre de Juan Abad nos sale al paso.

La sombra prócer del insigne don Francisco de Quevedo llena el pueblo.

Aun resuenan por las calles aldeanas las pisadas patizambas y el golpear del toledano estoque del formidable escritor, que grande señor fuera de la pequeña villa.

Torre de Juan Abad ha sido ingrata con su recuerdo, al que no ha honrado como debiera.

Desde el pueblo al castillo hay un camino estrecho y bacheado, de difícil tránsito para nuestro coche.

Caminando despacio por el paisaje ondulado, tardamos no poco en llegar.

El caudal cristalino de un arroyuelo, que sale huyendo de una alameda, nos opone la dificultad de vadearlo.

Desde el camino no se divisa el castillo, oculto tras altas lomas.

Es sólo estando encima cuando nos muestra la fortaleza los recios dientes de sus almenas, que fingen un bostezo interminable.

Como el camino se hace difícil, decidimos avanzar a pie.

Un largo paseo, abierto a una viña y flanqueado por raquíticos y descuidados árboles, nos conduce hasta el muro de la feudal mansión.